

es tu sino?...»; y el hombre loco y pálido responde: «Mi sino es llorar hoy el Pasado, que no quiere volver y vuelve.—«Retirate, Pasado, y no olvides llevarte tu manto de tinieblas.—Adiós, hijos del día; la luz en que vivís me daña. Adiós.» ; Y había lectores, entre ellos mi portera, que se deleitaban con estas cosas!

En *La Ilustración Republicana Federal* me aclimatava yo más que en *La Igualdad*, pues aunque en ninguno de los dos periódicos ganaba un real, en el primero tenía de director al bueno y cristianísimo Rodríguez Solís, que solía convidarme á comer en su modesta casa, llenándome el buche para un par de días. A las veces, llevábame Roberto Robert á *Lhardy*, un espléndido bodegón que radica en los sótanos de la Plaza Mayor, y tiene su entrada suntuosa por Cuchilleros, en lo más bajo de la Escalerilla. Dábannos allí cocido, judías ú otro plato succulento; y amenizábamos el festín con el dulce murmurar, comentando la vida social ó política. Recuerdo que en aquel *Lhardy* apuramos una tarde el tema candente de las *Cacerías de Riosfrío*. No se hablaba de otra cosa. Persiguiendo venados con el Rey, Serrano conspiraba para derribar á Zorrilla, al mes de subir éste al poder. No sería verdad; pero el público, ávido siempre de novedades, se hartaba de aquella comidilla... Las cacerías fueron y son los más seguros vedados para matar las grandes reses políticas.

Pero don Manuel seguía tan terne, sin que

le alcanzaran los tiros, si acaso los hubo, ni cuidarse de ellos. Por aquel tiempo, si no me falla la memoria, visitó á su hermano el Príncipe Humberto, heredero de la corona de Italia. Estuvo en La Granja, en Madrid, y en Toledo y Sevilla. Al despedirle, nuestro Presidente del Consejo oyó de labios del huésped ilustre estas palabras de felicitación, que recordaba siempre con orgullo: «Deseo para mi hermano y su dinastía diez años de gobierno radical.»

Grabada con letras de oro quedó en mi memoria esta frase, porque la oí de la boca dulce y colorada de una dama, de una mujer... que... Leed, os lo suplico, leed á renglón seguido mi nueva conquista.

## VII

Doña María de la Cabeza Ventosa de San José, á quien respetuosamente inscribo con el número *tantos* en mi amoroso Registro, era una dama fresca y agraciada, de negros ojos, risueña boca, lucidas carnes, poseedora de dos tiendas de telas, una en la calle de Toledo y otra en la Concepción Jerónima, donde habitualmente residía. No diré que fuese una cabal hermosura; pero sí que tenía lo que llamamos un gancho fisionómico, un garbato facial, un mirar pillín y un fruncimiento de la boquita que á todos cautivaba, y con tal gancho á mí me pescó el alma, ins-

pirándome una pasión que no vacilo en llamar volcánica.

¿Cómo la conocí? Pues los vaivenes de mi miseria me llevaron de nuevo hacia Córdoba y López, y Mateo Nuevo, que quiso arreglar mi complicada cuenta con la *Casa Rostchild* de *Alamillo Square*. Algo se aflojó con aquellas gestiones el dogal que me apretaba el pescuezo; respiré un poco, y por derivaciones naturales hice conocimiento con un vejete gracioso y pío, que llamaban Plácido Estupiñá, corredor de dependientes de comercio, el cual me exhortó á dejar la pluma por la vara de medir, y la literatura por la contabilidad mercantil. Intercedió noblemente con las *opulentas casas de banca* para que me dieran mayor respiro, y llevándome de tienda en tienda, di con mi persona en la de doña María de la Cabeza, que precisamente, ¡oh felicísima casualidad!, necesitaba un *chico que supiera llevar cuentas*. ¡Cielos divinos!, aquel chico fui yo. ¿Era sueño, era realidad? Estupiñá fué el alado mensajero de la Providencia que me llevó del abismo de la desesperación al pináculo de mi ventura.

Del gusto que me dió el verme admitido por doña Cabeza y aposentado en su propia casa, me puse muy malo, me entró fiebre, atacóme la tos ferina con quebranto de todo el cuerpo. Me metieron en cama; mi admirable patrona y *principala* me llevaba calditos, infusiones, alguna golosina para llamar el apetito, apelando á las friegas para desvanecer los dolores erráticos. Mi gratitud hizome ver

en la señora un sér divino, quizás la propia esposa de San Isidro Labrador, Santa María de la Cabeza, cuyo glorioso nombre llevaba. ¡Vive Dios, que antes que el nombre las igualaba y confundía la santidad!... Cuando me dieron de alta y me levanté, poniéndome la ropa limpia, lavada en mi nueva casa, me sentí inundado de una luz celestial, y abrasado en fuego de inspiración. El alma se me quería salir por ojos y boca para ofrecerse con sublime rendimiento á doña Cabeza, como galardón de sus divinas bondades é infinita misericordia.

Yo soy un hombre que no sabe disimular sus sentimientos. Soy todo un torrente para la sinceridad, y un águila para poner en ejecución, sin perder instantes, lo que me dicta mi conciencia. Consecuente conmigo, me arranqué, como suele decirse, de una vez, y le solté á mi doña Cabeza una declaración de amor tan coruscante y ardorosa, que la buena señora se quedó asustadica, vacilante entre la risa y el asombro. Notando yo que no era la dama tan fácil al asedio, avivé el fuego de mi oratoria, echando en él llamadas de locura, sutilezas de poesía, y conceptos que doña Cabeza oía quizás por primera vez en su vida... Y el efecto se produjo al fin. Al través de los espesos vapores que, á mi parecer, levantaba mi apasionado lirismo, observé que el rostro de doña Cabeza se ponía muy serio, que en su boca graciosa expiraba la última risa, que aparecían después unos pucheritos muy monos... y

que la interesante señora, enmudecida por la emoción, me mandaba callar... ¡Ay, qué pillo!

Aunque doña Cabeza me dijo aquella tarde que se vería en el caso de despedirme de su casa, en tal forma lo dijo, y con tal mimo de *quiero y no quiero*, que me tuve por vencedor. Debo declarar que mi pasión era sincera, y que mi protectora se hacía dueña de todo mi sér. ¿Había encontrado mi felicidad y la solución de los graves problemas de mi vida? Tal vez... A los tres días de aquella mi flamígera declaración, desesperado vuelo de un alma que huye del vacío, aseguré y celebré mi triunfo. Loco de orgullo juré amor eterno, fidelidad hasta la muerte. Y cuando á este culminante fin llegaba, un desengaño enfrió mi entusiasmo. María de la Cabeza no era viuda, como presumí viéndola vestir de alivio. Por ella supe que su viudez consistía en vivir separada de su esposo, un perdido criminal, con méritos bastantes para ir á presidio. En Madrid andaba el tal: su mujer le pasaba un duro diario, y de vez en cuando le pagaba las trampas; pero antes muriera que admitirle á su lado. La riqueza, las tiendas y alguna finca rústica eran de ella. No refiero lo que Cabeza me contó del engaño y disparate de su casamiento, porque no añade ni quita interés á esta verídica historia.

Si me afligió por un lado el saber que mi dama no estaba capacitada para segundas nupcias, me agradó mucho conocer su abo-

lengo liberal, rancio y clarísimo, como esas aristocracias cargadas de blasones. Mi señora era nieta, por parte de madre, del gran don Benigno Cordero, espejo de milicianos, que inmortalizó su nombre en el Arco de Boteiros, hoy *7 de Julio*; sobrina, en segundo grado, de Calvo Asensio, y en tercer grado, de don José Abascal. Parentesco lejano tenía con Mariana Pineda, y cercano con don Vicente Rodríguez y don Juan León Moncasí. Su padre, don Lucas Ventosa, fué uno de los más leales amigos de Espartero, íntimo de don Evaristo San Miguel y de don Ramón de Calatrava. En su casa, y en la de sus padres, Cabeza se pasó parte de la vida bordando banderas para los batallones de milicianos. Era la encarnación del ideal progresista, y en sus dos tiendas se refugiaron una y mil veces los cabildeos electorales y aun los tapujos revolucionarios. Toda esta tradición cálida y candorosa se fué acumulando en la cabeza de mi doña Cabeza, tan entusiasta de Prim, que lloró tres días cuando le mataron. Muerto el héroe, la idolatría de mi dama vino á condensarse en el único santo que, á su parecer, representaba las glorias del *Progreso*, don Manuel Ruiz Zorrilla.

Yo también me volví radical como el mismo don Manuel, ó como su trompetero Angel Fernández de los Ríos. Fuera de esto, yo estaba en la gloria, bien comido, bien bebido, admirablemente apañado de ropa, y satisfecho en cuantas necesidades y estímulos constituyen la vida espiritual y fisiológica. El

marido de Cabeza, Serafín de San José, no me inquietaba gran cosa. Alguna vez me tocó despacharle con tres pesetas ó un duro, sacados del cajón; era un cínico silencioso que á su degradación ponía máscara de prudencia. Más me inquietaban algunos parientes de Cabeza que se retraían de visitarla, reprobando así discretamente su irregular trato conmigo. Y mayor zozobra que el despego de los primos y agnados me causó la insistencia con que paseaba la calle un sujeto alto y zancudo, de color cetrino, barba negra, nariz tajante, con lentes que daban no poca impertinencia á su mirar figón, bien vestido, la chistera un poco ladeada. Advertí un día que al pasar le saludó Perico Luna, que solía tertuliar en mi tienda.

Interrogué al amigo, que así me dijo: «Es un tal Alberique, amigo de Madoz, empleado que fué en *La Perinsular*. No tiene hoy más oficio ni más beneficio que pintar la mona y hacer el oso.» Por algo más que se escapó á la discreción de Luna, y otro poco que me indicó Roberto Robert, sospeché que aquel tipo había sido mi antecesor en los blandos afectos de mi señora doña Cabeza. No necesité saber más para decidirme á espantar al enojoso estafermo. Elegida la ocasión más favorable, salí á la calle una mañana, y me encaré con el cargante individuo. A quemarropa le di el quién vive en la forma que cuento, y no es jactancia: «Caballero, quiero saber qué se le ha perdido á usted en esta parte de la calle, y qué motivos tiene para

montarnos la guardia. Si es policía, dígalo y se le dará una propineja para que no moleste tanto.»

— Señor enano de esta venta — me replicó zumbón, ajustándose los lentes en la nariz huesuda y poniéndose en facha, — yo estoy en mi derecho cogiéndome parte de la calle ó la calle entera, y usted váyase á medir percales, y déjeme en paz.

— Si usted me insulta, le diré que voy á coger la vara para medirle á usted las costillas.

— Antes me insultó usted á mi llamándome policía y ofreciéndome propina... Si usted no fuera tan chiquitín le pediría cuenta de sus ridículas arrogancias. Conozco su nombre y condición. Por si usted no sabe quién soy y cómo las gasto, ahí le dejo mi tarjeta. Como usted no trae tacones altos, y ha salido en zapatillas, tengo que inclinarme para que la tarjeta pueda llegar á sus manos.»

Tomé la tarjeta, y leí: *Modesto Alberique, representante de la Sociedad Belga Constructora de cierres mecánicos. Esgrima, 3.* Y viéndole partir con aire jaquetón, le dije con el pensamiento: «Ya te daré yo á ti cierres mecánicos, farsante.» Volví á mi tienda, y nada dije á Cabeza, que estaba en el principal, en manos de su peinadora. Era tan firme mi resolución de mandar le los padrinos al enfatuado virote que me ultrajó groseramente, que no pasó la tarde sin pensar en los amigos que debía escoger para función tan de-

licada. Andando en esto, supe que mi rival era un poco espadachín, ó que de ello presumía. Mejor que mejor. El lance había de ser duro. Mi amor propio no consentía otra solución que matar á mi contrario, y quedar yo airoso y arrogante, cantando el *quiriquí* en mi gallinero.

En las tertulias de mi tienda menudeaban los noticiones y las profecías políticas. Oigan lo que dijo aquella tarde, ó la siguiente, un amigo nuestro, inveterado progresista semi-fósil: «Parece que se conspira de lo lindo. ¿Qué hay de La Granja? Pues hay...» Diciendo esto mostraba un fajo de periódicos, entre los cuales vi *El Imparcial*, *El Debate* y *La Política*. El corresponsal del periódico del señor Mantilla contaba que la Reina María Victoria había salido como escapada del Real Sitio, llevándose á su marido... Hay más: «El Brigadier Palacios, Comandante General del Real Sitio de San Ildefonso... ¡oido á la caja! arrestó al joven Díaz Moreu, oficial de Marina, ayudante de Su Majestad.» ¿Por qué creerán ustedes? *Porque siguió demasiado cerca á don Amadeo.* Pero *El Imparcial* trae otra versión. Oigan: *La causa del arresto del ayudante fué que éste saltó una zanja con más presteza que el Brigadier Palacios.* ¿Quieren decirme ustedes qué significa esto de Reina fugada, y de arrestos y zanjas? Pues el corresponsal de *La Política* salta otra vez con la cuenta de cuarenta y ocho reales que no ha sido abonada al dueño del Hotel Europa de La Granja, el señor

*Davide Macchino.* ¿Qué es esto? ¿Quién me compra un lio? Hame dado en la nariz, señores, olor de barraganía... Estas cosas tan raras y esta cuenta sin pagar, y el Rey que escapa con la Reina, ¿no os señalan un rastro? Seguid el rastro, seguid la pista, y encontraréis una res que dicen es hermosa, yo no la he visto... *la dama de las patillas.*»

Tomó entonces la palabra don Francisco Bringas, otro de los asiduos á mi tienda, varón calmoso y sesudo, colocado recientemente por Zorrilla en una modesta plaza de Fomento. Asegurándose las gafas sobre la nariz, aquel hombre, que llamaban *Monsieur Thiers* por la perfecta semejanza de su rostro y talle con los del celeberrimo político francés, nos dijo que no era de buenos españoles sacar á colación á *la de las patillas*, ni dar aire á los malignos rumores de que se apacienta el vulgo ignaro. El Monarca que nos regía, por obra de los 191 votos ó por lo que fuere, se menoscababa en su alta dignidad, traído y llevado en lenguas de la gente ociosa. «Yo serví lealmente á doña Isabel —añadió,— y mientras comí su pan, jamás permití que en mi presencia se dijeran las atrocidades que corrían acerca de ella... Ahora, después de larga cesantía, debo un humilde destino á don Manuel, colocación que viene encabezada con el nombre del Rey. Pues yo, fiel á mis principios, no digo ni escucho ninguna cuchufleta en mengua del Jefe del Estado. ¿Qué más? Ayer me vino Rosalía con el cuento de la señora patilluda,

y yo le dije: «Rosalía, hazme el favor de callarte la boca. Por mi decoro de funcionario público, por respeto al primer Magistrado de la Nación, oigo esas *anedoctas* como fábula indecente. Y punto final.»

— Tiene razón don Francisco — dijo Cabeza interviniendo en el coloquio con la bondad juiciosa que era el mayor encanto mío. — Sí, amigo Bringas, fuera cuentos que bien pueden ser falsos testimonios. ¿Qué nos importa que Su Majestad tenga un devaneo, y que la tal gaste patillas ó barba corrida? No demos aire á las habladurías, y menos ahora que tenemos el *progreso* en el poder. ¡Y que está el Rey poco contento, vaya! Por lo que he contado á ustedes de las palabritas del don Humberto al despedirse, comprenderán que hay don Manuel para rato... lo que digo: ¡don Manuel para rato!»

Al anochechar desfilaron los amigos, y antes de cenar di un salto al Casino Federal, para conferenciar con mis padrinos, hombres inflexibles en materias de honor: Córdoba y López, Ramón Cala... Pasaron tres días; el feroz Alberique no se daba prisa para designar padrinos. Los míos iban en su busca; no le hallaban nunca en su casa. Temimos que se lo tragara la tierra. Pero del centro de ella le habría sacado yo para vapulearle públicamente y pregonar su cobardía. Por fin dió la cara, y se concertó el duelo en las condiciones que imponía la gravedad del caso. Y en los días que precedieron al terrible lance, mi señora doña Cabeza mostró deseos de

que yo escribiese en *Las Novedades*, ensalzando hasta las nubes á don Manuel, y declarándome radical monárquico, bajo el mando poder de don Amadeo I. Claro es que yo no podía negarme á tan dulces requerimientos. Escribí, pues, sin esfuerzo, hinchados panegíricos de la política radical, y el bueno de don Manuel se asfixiaba seguramente con las nubes de oloroso incienso que yo arrojaba sobre él. Llevado y traído por fatal corriente misteriosa, yo era el campeón de todas las causas. En corto tiempo enaltecí con mi fácil pluma el federalismo intransigente, el federalismo templado, la monarquía conservadora de Serrano y Sagasta, y la monarquía democrática de Ruiz Zorrilla. Era yo, pues, un caso peregrino de proteísmo; y ved, amigos, cómo esta mi voluble constitución mental venía consagrada desde mi nacimiento y bautismo por mi nombre y cognomen. Yo me llamo, sabedlo ya, *Proteo Liviano*, de donde saqué el *Tito Livio* usado en mis primeros escritos, y el *Tito* á secas que hoy merece mi preferencia por lo picante y diminuto.

Escribí, como digo, furiosos alegatos ministeriales para dar gusto á la gobernadora de mi existencia. Pero en lo más recio de mi campaña, vino el trueno gordo; las intrigas del Real Sitio dieron su fruto, y Ruiz Zorrilla con todo su radicalismo reformista se desplomó con estrépito. Y he aquí que aparecieron en el tablado, por el foro derecha, Serrano y Sagasta tapándose el rostro con el antifaz del Ministerio Malcampo-Candau.

## VIII

Un poquito atrás. No se me vaya á quedar en el fintero mi épico lance con Alberique, más interesante, á mi juicio, que aquella cáfila de hombres que iban y venían, y aquellas menudencias del vivir nacional, que el Tiempo y la *Tia Clio* arrojan en el polvoriento rincón de la trastienda, donde toda antigüedad inútil tiene su sepulcro.

Acordaron los padrinos que el duelo fuese á pistola: la desigualdad de talla entre mi enemigo y yo imposibilitaba el uso del arma blanca. Los padrinos de mi contrario, Felipe Ducazcal y el teniente Luque, de quien hablaré después, propusieron el sable, arma en que Alberique se creía fuerte; pero al fin cedieron á la razón, que era la pistola. Llevamos de médico á un chico de San Carlos que en aquellos días recibió la Licenciatura. El lugar donde habíamos de tirar á matarnos era un jardín ó huerta en las cercanías de las Ventas del Espíritu Santo.

Las ocho de la mañana serían cuando llegamos al terreno los dos rivales, con nuestros respectivos apoderados. Alberique iba muy estirado de guantes, vestido de negro, el sombrero muy encasquetado para que no se lo arrebatase el viento que del Oeste soplabá. Por no cansar, suprimo los pormenores. Partido el campo y cargadas á conciencia las

pistolas, nos pusimos frente á frente. Sin ninguna jactancia, debo hacer constar que yo estaba sereno ante la faz del drama, como lo estoy en el momento de referirlo. Yo he nacido para las ocasiones críticas, para los actos que se desarrollan en raudos minutos, decisivos entre la vida y la muerte. Tocó á mi rival disparar primero. No me acertó. Disparé yo... Nada... En su segundo disparo, Alberique afinó la puntería. Yo dije: «¿Sí? Pues ahora verás.» No era yo tirador; afiné con toda calma... ¡pim!, le metí la bala en el costado derecho... ¡Alto!... La herida de Alberique era de pronóstico reservado. Terminó el lance. No me presté á reconciliaciones ni saluditos, y me retiré con tranquilidad augusta.

O mucho me equivocaba yo, ó todos los que se cruzaron con mi coche en la carretera de Aragón me miraban con respeto admirativo, quizás, quizás con respeto medroso. En mi casa me declaré á Cabeza, refiriéndole con terroríficos detalles el lance y sus antecedentes y motivos. Oyóme atenta sin mostrarse demasiado orgullosa de mi serena valentía, y contra lo que yo esperaba, me salió con esta desentonada cantinela: «Has hecho mal, Proteo, en tomar las cosas tan por lo caballeresco, porque ese majadero de Alberique es casado..., casado y con cinco hijos. Figúrate que se muere de la herida. Pues tú le has matado, y por tu quijotismo quedarán huérfanas esas pobres criaturas... Todo por el honor. ¡Dichoso honor, que sólo existe en

las lenguas de los que no lo tienen! Dime, Proteo querido, ¿dónde tienes tú el honor? ¿Lo has traído tú á casa, ó estaba aquí ya cuando llegaste?... Hazme el favor de no hablarme á mí de esas pamplinas. No hay más ley que el amor, el trabajo, la libertad y el progreso, y todo lo demás es *verso* y tonterías. ¡Ah!, se me olvidaba: también es ley de vida la buena contabilidad y el arreglo de los negocios, y respetar el tuyo y mío. Como me llamo Cabeza, que esto creo y no creeré otra cosa si mil años vivo.»

Quedéme de una pieza oyendo estas razones, y ellas habrían bastado á quitarme el sosiego, si Cabeza no me mostrara su cariño y confianza en terreno que no era el ideológico. Adelante: Como decía, cayó Zorrilla cuando se le creía más seguro. El terremoto político que llamamos Crisis, se produjo por la elección de Presidente de la Cámara. El candidato ministerial, Rivero, obtuvo 110 votos, y á Sagasta, candidato de los unionistas, progresistas templados y carcundas, le votaron 123 padres de la Patria. Esta se quedó turalata viendo que por corta diferencia de votos se cambiaba el Gobierno. Pero tal era el sistema, mal traducido del inglés, tal la bastarda imitación de aquel *self-government* con que Albareda y yo andábamos á vueltas en *El Debate*... Malos ratos debió de pasar el Rey con este *self-desbarajuste*.

¡Sorpresa, escándalo, furor! La Tertulia Progresista se echó á la calle con un pendón morado. Salieron los estudiantes de Farma-

cia y San Carlos á ventilar su ardorosa juventud, fatigada de la estrechez y disciplina de las aulas. Madrid ardió en alborotos, vocerío de vivas y mueras. Restallaban de boca en boca los dicterios contra Sagasta, y hasta las verduleras designaban á las fracciones políticas contrarias al Radicalismo con los viles apodos usuales: *fronterizos, cangrejos, calamares, palomos, tomadores*... Mi Cabeza me mandaba que fuese á meter ruido en las manifestaciones, y á enfoguetar los ánimos con mi briosa elocuencia.

Obediente á mi dulce tirana, acudí al bullicio, y entre la turbamulta encontré á muchos federales que se agregaban al progresismo radical, para hinchar el coraje público y armar camorra con los agentes de la autoridad. Ramón Cala me aseguró que antes de dos meses tendríamos la Federal con todo su complejo tinglado de pactos y cantones; Rodríguez Solís comentó el retraimiento cada día más significado de la sangre azul y del dinero amarillo. Las únicas damas de alcurnia que iban á Palacio y acompañaban á la Reina, más por lástima y respeto que por adhesión verdadera, eran las Duquesas de Fernán-Núñez y de Tetuán, la Condesa de Almina y otras poquitas más. Y Luis Blanc opinó cándidamente que la Grandeza, con la sorda y persistente conspiración del desaire, nos estaba haciendo el caldo gordo á los republicanos. Yo, que si en letra de molde, por dar gusto al dedo, falsifico donosamente la verdad, soy esclavo de ella cuando hablo con



mis amigos, les dije que nosotros éramos los que hacíamos el caldo gordo á las elegantísimas damas alfonsainas y catolicoides, ayudando á convertir en palabras vacías los tres rotundos *jamases* del General Prim.

La implacable cronología, de la cual quiero hacerme esclavo, me lleva en los primeros días del Ministerio Malcampo á referir una nueva y peregrina conquista;... digo mal, porque en realidad no fui yo conquistador sino conquistado. Ved qué cosa más rara. Una tarde, terminado el trajín de la tienda (que fué, por más señas, harto engorroso: recibir el género de invierno, anotar precios según factura, precios de venta al vareo), salí á desentumecerme y proveer de aire fresco mis pulmones, y cuando pasaba junto al callejón de la Concepción Jerónima, salió de éste una muchacha, que puso en mi mano una cartita y apretó á correr. Pronto la perdí de vista. «Aventura tenemos»—pensé yo; y antes de que abriera la esquelita, comprendí, por el color del papel y el perfume que de él se desprendía, que era carta de fémina. No creí prudente leerla en mi calle, y seguí hasta la plaza del Progreso, donde satisface mi curiosidad. Ved la carta, que me sorprendió tanto por su contenido como por su excelente escritura y ortografía, mejor que las que gastan las mujeres bonitas... y aun las feas.

«Caballero: Reciba usted la entusiasta felicitación de una señora desconocida para usted... Sentíme ¡ay! inundada de alegría cuando supe que había usted castigado al infame

y presumido Alberique, y mi júbilo habría sido completo si hubiera usted dirigido su puntería al costado izquierdo en vez del derecho, para que quedase partido aquel corazón donde jamás anidó un sentimiento noble... He sabido con satisfacción que se agrava la herida de ese bigardo insolente. Lo celebro con toda el alma. Yo soy así, implacable con los que me han ofendido. Sé querer; no sé perdonar.

»En usted veo al hombre honrado que, cuando el caso llega, sabe proceder con vigor y arranque, comprometiendo su vida. Mis plácemes y vítores entusiastas al héroe. ¡Arriba los hombres de ánimo grande y corta estatura!... Cuando me han enterado de que el héroe es chiquitín de talla, he sentido por usted admiración más viva. Séame lícito decir que de niña jugué con muñecas más tiempo del que mi crecimiento permitía; que de mujer me agradan todas las variedades de muñecos. Entre lo pequeño y lo grande hay una escala de gratas sensaciones. Ya sabe usted que *per troppo variar Natura è bella*.

»Y no digo más por hoy. Deseo conocerle, mas no es ocasión. La ocasión llegará... En tanto, valiente caballero, admita los sinceros plácemes de su amiga — *Graziella*.»

Leí por tres ó cuatro veces la carta, y ni con veinte lecturas habría salido de mi confusión. Por la gramática no parecía carta de mujer. ¿Sería obra de algún amigo maleante? No... La corrección gramatical y la ortografía revelaban quizá las manos y pensamiento

de mujer neurótica, de superficial cultura. No desconocía yo la suma extravagancia mezclada con el sumo donaire que constituyen el sér de algunas almas del reino femenino, entendimientos desequilibrados que fluctúan entre la sutileza del ingenio y los desvarios de una razón desmandada. Por su nombre y la cita italiana, la tal declarábase compatriota del Dante. Nueva confusión mía mezclada de ardiente curiosidad. ¿Por qué me dejaba, como quien dice, á media miel, revelando su nombre y guardándose la dirección de su casa? ¡Pues de saberlo, no iría yo poco contento á darle las gracias y rendirme á su fineza y bondad!... Rompí la carta en los pedacitos más chicos que pude obtener, cuidando mucho de que alguno de ellos no se me quedase pegado á la ropa, porque...

Ya lo comprenderéis. Cabeza era muy celosa, y además mujer de grandísimo talento. Por algo se llamaba Cabeza. No ignoraba mis aficiones al bello sexo. Mi fama de galanteador afortunado le quitaba el sueño, y á mí me ocasionó sofoquinas. En sus ataques agudos de celera, mi dama se levantaba de puntillas, á media noche, para registrar mi ropa, buscando alguna carta que su encendida imaginación sospechaba y temía. Y cuando entraba yo en casa de dar un paseíto ó evacuar alguna diligencia mercantil, me olía las solapas, la corbata, el cuello, buscando algún aroma que delatase mi supuesta infidelidad. La tarde de marras, al llegar á la tienda después de rotos y aventados los pedacitos de

la carta de Graziella, me asaltó el temor de que el papelejo hubiese dejado en mis dedos algún resto de su intensa fragancia: Subí corriendo á lavarme las manos; mas ni aun con esto estuve tranquilo, ni vencer pude el terror que me causaban los ojos inquisitivos de Cabeza y el venteo de sus narices.

Advertí en los siguientes días á Cabeza más pensativa y fisgona que nunca lo estubo. Parecíame que su mirada, al fijarse en mis ojos, los atravesaba para sorprender los pensamientos míos replegados dentro del cerebro. Y en éste no habría encontrado más que una infidelidad puramente mental. Yo pensaba en la italiana. Su imagen revoloteaba dentro de mi caletre como un insecto alado que cambiara de luz y colores á cada instante. Por las noches, mi cara mitad me tenía prisionero en casa, no permitiéndome ni quince minutos de expansión en el café Oriental ó en el de las Columnas, donde yo encontraba los amigos de mi mayor aprecio. Vedme, pues, forzado á soportar la insípida tertulia casera, formada por dos viejas regañonas, que se dormían cuando no jugaban á la brisca, y de tres ó cuatro sujetos soporíferos, entre ellos un primo de Rojo Arias, que no hacía más que hablar pestes de Sagasta y de los amigos de éste, Abascal, Muñoz, don Zoilo Pérez, y un inspector de arbitrios municipales, que proponía como única solución política *la traída de Espartero*.

El Ministerio Malcampo-Candau seguía pasando el rato con un enredoso debate par-

lamentario sobre *La Internacional*. Pero el interés político no estaba en el Congreso, sino fuera de él, en los conciliábulos y recíprocas embajadas de los dos feroces bandos que se disputaban la primacía. Rompieron en terrible pelea zorrillescos y sagastorros. Cada uno de los jefes de estas dos revoltosas taifas dió al país su manifiesto. Leílos yo, y la verdad, no encontré gran diferencia entre una y otra soflama. No era obra de romanos concordarlos y hacer de los dos uno solo, que fuera cimiento en que fundar honrosas y duraderas paces... Los padres de las criaturas, que parecían mellizas, Zorrilla y Sagasta, se avinieron á nombrar un Jurado ó comisión de arbitraje que examinara los dos manifiestos, y desarmándolos y volviéndolos á armar en un solo cuerpo de doctrina y conducta, creara el progresismo único y de una sola pieza, amplio terreno dogmático en que pudieran vivir y comer todos los caballeros de la orden setembrina. ¡Qué cosa más sencilla, ¡vive Dios!, y qué facilísima dificultad!

Apoderados de don Práxedes fueron Calatrava, el Marqués de Perales y don Cipriano Montesinos; de Zorrilla, Fernández de los Ríos y Moya (don Javier). A éstos, por si eran pocos á discutir, se unieron luego otros cuantos, que no me tomo el trabajo de citar, pues para lo que hicieron vale más dejarlos recostaditos en el almohadón del olvido... Conque, manos á la obra, caballeros. Un día se reunían aquí, otro allá, y vengan consul-

tas, vengan ponencias, vengan... Y no sigo, pues me urge decir que cuando comenzaban los finos dedos de los señores jurados á tejer aquella tela de *Pentecostés* (como decía un General de la época queriendo decir *Penélope*), recibí segunda carta de la italiana, más perfumada y más pequeña que la primera. Diómela la misma criadita en el mismo sitio, y yo, poseído de zozobra, escapé á leerla lo más lejos posible, y no pareciéndome bastante segura la distancia de la plaza del Progreso, fui á dar con mi cuerpo y mi epístola olorosa... más abajo de Antón Martín.

¡Oh, *Tito*, afortunado mortal! ¡La incógnita dama te indicaba calle y número... y hora para recibirme! Aventura tan bonita y novelesca no se presentó jamás á ningún nacido. Esto pensaba yo cuando me acercaba, tímido y dudoso amante, á la gruta en que la diosa se ocultaba. La misma duda aumentaba el encanto de amor. ¿Sería Graziella una hermosa ninfa, ó un culebrón espantable? Pronto había de verlo.

## IX

Ni culebrón repugnante ni hermosura radiosa. La llamada Graziella, italiana ó española, debiera ser clasificada en el tipo vulgar de la escala femenina, si no le dieran valor estético las llamaradas de sus ojos ne-